



Núm. 39. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Octubre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXII.

EDICION DE LUJO			
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.			
Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Madrid. Tres meses.	32	Provincias. Seis meses.	74
Seis meses.	62	Un año.	144
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.  
REDACCION Y ADMINISTRACION  
Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.  
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administracion en libranzas de Giro múltiple, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA			
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.			
Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Madrid. Tres meses.	20	Provincias. Seis meses.	46
Seis meses.	38	Un año.	84
Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 51; Guisarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P. del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2. — PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del CORREO DE LA MODA, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En PARIS Mr. François Ebbhardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

#### SUMARIO.

Lo que son las madres, por Ángela Grassi. — Pensamiento: á Emilia, poesía, por Nicolás Díaz Perez. — A Astúrias, poesía, por Juan Cuesta y Armiño. — Una ilusión: á la Sra. D.ª Ángela Grassi, poesía, por V. B. y del C. — La Trinidad, por Jesus Cencillo. — El general Hoche, por Robustiana Armiño de Cuesta. — El cocodrilo, por Nicasio Alvarez. — Roma, por Eduardo Lopez. — Delirios, por Teodoro Boullenger. — El antifaz de terciopelo, por E. Feijó y de Mendoza. — Explicacion del figurín. — VARIEDADES: Correspondencia. — Charada.

GRABADOS. — El cocodrilo. — Tipos mejicanos. — Roma. — Ultimos decretos de la moda.

#### LO QUE SON LAS MADRES.

A MI BUEN AMIGO D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Me has pedido hace tiempo que consagrara un recuerdo á tu patria, la hermosa Andalucía, y aunque imprescindibles trabajos me han impedido complacerte, hoy tomo la pluma, anhelando darte una prueba de la amistad casi fraternal que te profeso, á tí, el más benévolo y el más consecuente de todos mis amigos.

Voy á contarte una historia: tal vez tú conozcas á su heroína; tal vez tus ojos se hayan llenado de compasivas lágrimas al recordar sus malogrados encantos. Perdona si mi elocuencia no está á la altura del poético cuadro que acaso te ofrezcan tus recuerdos, y supla tu indulgencia lo que falte en galanura á mi pobre fantasía.

Se llamaba Elvira: su cuna se había mecido, cual la tuya, entre los bosquecillos de flores de la inmortal Sevilla, mecida por sus auras, alumbrada por su sol esplendoroso. Era alegre en su infancia, como aquel cielo siempre trasparente y risueño; tierna como esas flores que abren su corola á la brisa primaveral, y se cimbrean sobre su ramaje, brindando un asilo en su cáliz á la dorada mariposa.

Elvira había salido de las manos de su criador, inocente como los serafines, y era tanta la virginal blancura de su alma, que se manchó al solo contacto del lodo de la tierra. Pobre Elvira! Ay! ¡que la mujer rodeada de perfidos aduladores, cercada de asechanzas, necesita tener

una fortaleza casi divina para imponer silencio á su propio corazon, y vencer á los mil enemigos que la asedian! Es como un naufrago perdido en los revueltos mares, que tiene que guardar una impasibilidad estoica, á pesar de las oleadas que, como monstruos marinos suben mugiendo á confundirse con las nubes, y rugiendo se precipitan en el abismo; á pesar de los vientos que llegan silbando á derribar los mástiles de su frágil barca; á pesar del trueno y los relámpagos que ciegan sus ojos, y parecen querer arrancar el universo de su quicio. ¡Ay de ella cuando llegue ese momento supremo, si no ha tenido una madre que estampase en su corazon las máximas salvado-

var á los tristes pecadores, el mismo Dios ha colocado la figura de una madre, porque era la única que podía descollar dignamente junto á la suya y completar el divino cuadro. ¡Oh, sí; una madre es á los ojos de los miseros mortales un sér aparte, que ha tomado su esencia de la misma divinidad; tienen algo de celestes sus arrullos; tiene algo de la mirada eterna el fulgor de su mirada! La madre es la perfecta imagen de la Providencia, y creyendo en ella es como mejor creemos en Dios; comprendiendo sus beneficios es como mejor comprendemos los milagros que obra á nuestro alrededor esa mano oculta, que es la mano del Padre y bienhechor de todos los seres. Por esto

el criminal, manchado con todos los vicios, halla en el momento supremo una pura lágrima que consagrar á su madre; por esto el decrepito anciano halla una sonrisa al borde de su tumba, evocada por el recuerdo de sus juegos infantiles, protegidos por esa dulce mirada que jamás se vuelve á hallar, por la mirada de aquella que nos diera la existencia. Su voz es un eco delicioso que resuena en nuestro corazon, mientras el corazon tiene un latido; su imagen es la égida portentosa que nos defiende en todos los combates de la vida. Es el espejo en donde vemos reflejadas nuestras penas y alegrías; el crisol que depura nuestros vicios. El



EL COCODRILO.

ras de virtud; si no ha tenido una madre que la enseñase á balbucear desde su tierna infancia una plegaria; si no la ha acostumbrado á fijar sus ojos en el cielo, donde se halla el que hace fuertes á los débiles y humildes á los soberbios!

Una madre! No en vano todos los pueblos de la tierra, desde las primitivas edades, han rodeado á esta imagen majestuosa y sublime de una aureola celeste. No hay sacerdocio comparado á su sacerdocio; no hay mision más grande entre todas las misiones que Dios confía á sus hijos predilectos. Por eso al lado de la figura sublime de un Dios, que desciende á morir sobre una cruz para sal-

malhechor que blasfema de Dios y reta el anatema del mundo, tiembla, sin embargo, delante de su madre, y daría hasta la última gota de su sangre para que ella pudiese bajar á la tumba sin encurvar la frente. Los incrédulos, que sólo ven en el mundo corrupcion y cieno, exceptúan, no obstante, del anatema general el santo recuerdo de su madre. Ella es para el hombre el áncla salvadora, la paloma del Diluvio, que bate sus blancas alas para traerle presurosa el consuelo y la esperanza.

¡Pero acaso se puede subir á tan alto pedestal, sólo con cumplir las leyes de la naturaleza? y al lado de tanta gloria, ¿no será inmensa la responsabilidad de sus acciones,



horrendo el castigo, de la que acepte el sacerdocio con el alma llena de impurezas?

Cómo! ¿Será sólo mérito el placer, para escalar un trono tan privilegiado, y el Dios de inescrutable justicia le concederá á ella sola, sin privaciones morales, sin esfuerzo, el participar en la tierra de su propio culto? Nó: la madre que rastree su alma sobre el cieno, será tres veces maldita de Dios, porque arrastra con ella á los tiernos pedazos de su alma.

Y, no obstante, pasó aquel tiempo en que todos los esfuerzos de la educación de la mujer tendían á hacer de ella una buena madre; pasó aquel tiempo en que el primer cuidado de los preceptores era formar su corazón para criar santamente el tierno plantel que Dios confía á su sombra bienhechora. En el día no se repite incesantemente á la niña, sé buena, procura cultivar el árbol de las virtudes, porque tu sola misión en este mundo es hacer que crezca y se multiplique por doquiera; porque tu solo deber, grande, infinito, es formar á tus hijos de modo que sean á su vez buenos padres de sus hijos. No se la repite una y mil veces, tú eres el arca sacrosanta que cuando la sociedad se desquicie, cuando las aguas de la inmoralidad, más destructoras que las del Diluvio, aneguen toda la tierra, conservará en su seno para las regeneradas generaciones futuras, los santos libros del Evangelio, que equivale á decir, los santos libros, fuente y origen de todas las virtudes, bálsamo y consuelo de todos los pesares.

No se la dice: procura obtener la bendición de tus padres para que tus hijos te bendigan; y cuando un hombre te entregue su corazón, su porvenir, su vida; cuando un hombre te elija entre todas para ser el alma de su alma, no te acerques al altar sin el firme propósito de darle vida por vida, porvenir por porvenir, corazón por corazón; no te acerques al altar, no pronuncies el sublime juramento, sin pensar que en este juramento va envuelta la absoluta abnegación de tu ser, que debe desaparecer completamente para fundirse en otros seres.

Piensa que la virgen que pasa á ser esposa, para ser luego madre, es como esos riachuelos afluyentes, cuyas aguas cristalinas van á mezclarse y á confundirse con las soberbias ondas de los ríos para aumentar su corriente.

La mujer no debe considerarse á sí misma como un árbol estéril, cuyo destino es sólo embelesar las miradas: no es la flor que adorna el pensil; es la simiente oculta en las entrañas de la tierra, que, cuando germine, dará al labrador opimos frutos. Su destino no es vegetar, sino producir: su misión, empezada en el cielo, debe terminarse en el cielo. Una madre no muere nunca, porque revive en sus hijos, y en los hijos de sus hijos, y responde hasta á la última generación del bien y del mal que les habrá legado.

Los frívolos preceptores de este siglo no se cuidan de grabar en el alma de sus alumnas estas eternas verdades, ni de decirlas para alentarlas en su difícil obra: ¿sabes cuál es tu gloria, niña mía? Vuelve á contemplar esos majestuosos ríos, cuyas olas plateadas fecundizan los ámbitos de la tierra: hemos dicho que deben su ser á las mil fuentejillas que brotan de una peña, que arrastran sus escasas aguas sobre guijas, detenidas á veces por ellas, á veces precisadas á dar un largo rodeo para salvar un montoncito de musgo; pero que, guiadas por la mano de la Providencia, llegan, por último, al fin de su carrera. Pues bien: esta sociedad floreciente, civilizada, preponderante, la han producido los ocultos esfuerzos de millares de madres: ¡mira si la recompensa es grande, si puede ser su gloria más suprema! Dios mismo la encontró digna de sí, cuando entregó su cuerpo sacrosanto á los verdugos, con tal de regenerar el universo.

Y comparada con este sublime premio, ¿qué es la vana satisfacción de la hermosura? ¿Qué son los triunfos de la vanidad, y aun las mismas delicias del amor? La mujer que mira en el matrimonio un sordido comercio de bienestar, la que encierre el amor en los rastreros límites del placer, esa no merece adornarse con la santa aureola de las madres.

Pero ¡ay! cómo le han de hablar este lenguaje los mentores de la mujer, si son de este siglo, y si los hombres de este siglo, por una extraña aberración del espíritu, á pesar de los milagros que alcanza su inteligencia, á pesar del incesante progreso de la idea, á pesar de no hallar ya límite posible á su poder, son, moralmente hablando, como los hongos, adheridos fuertemente á un montoncito de fango, del cual juzgan imposible desprenderse!

Los hombres de este siglo, que tal vez en castigo de su soberbia, á fuerza de analizarlo todo, de discutirlo todo, han acabado por hacer una nueva Babel de las ideas, entre las cuales sólo descuella una, palpable, evidente, incontestable en el orden material, pero absurda en el orden espiritual, y esta es la desconsoladora idea de que la tumba es el límite intraspasable de todo lo que vegeta so-

bre la tierra: ¡estos hombres egoístas, repito, no se cuidan de pensar que cuando todas las fuentejillas detengan su curso, los ríos quedarán secos; cuando todas las madres retiren sus efluvios de caridad, de amor, de abnegación, la sociedad quedará destruida!

Y hacen la mujer á su imagen, frívola, egoísta, sin convicciones, sin creencias, atenta sólo á los placeres de hoy, pensando sólo en los resultados que toca.

Esas santas madres de los siglos anteriores, que vivían en la oscuridad y el retraimiento, ocupadas exclusivamente de sus deberes domésticos, haciendo de su casa el santuario de todas las virtudes, sirviendo de mágico espejo á sus numerosos hijos; esas santas madres han desaparecido, ó existen sólo en algún humilde pueblecillo, escarnecidas tal vez y motejadas.

El decantado progreso de la instrucción que se da hoy á la mujer, se reduce á adornarla con fútiles talentos que aumenten sus atractivos; se la enseña, no á ser la providencia de su casa, sino la reina de los festines; se estimula su vanidad, se ponen en juego sus bajas pasiones, y ya está terminada su educación. Pero oíd lo que estas niñas, cuando son madres, enseñan á sus hijos, si nó con palabras, al ménos con obras:

«El hombre es tu natural enemigo: ya que no puedes encadenarlo con la fuerza, subyúgale con tus encantos. La mujer es flor de un día; preciso es que con el lujo y los afeites aprenda desde niña á prolongar su imperio. El matrimonio es un contrato en que el hombre trueca su posición social por obtener las primicias de la hermosura. Una vez satisfechos los dos contratantes, nada se deben el uno al otro, y si no material, espiritualmente pueden recobrar su libertad. La virtud nada vale y nada significa; lo que se debe conservar en último resultado son sus apariencias, para que no recaiga el daño en perjuicio del mismo que la viola. Los hijos suelen darnos ingratitud en cambio de nuestra ternura; ¿por qué sacrificar nuestros años floridos á tan infructíferos cuidados? ¿Por qué privarnos de los placeres, si hay manos mercenarias que subvengan á sus necesidades cuando niños, si hay maestros que por un corto estipendio abrumarán luego su mente con todo el farrago de la ciencia humana? Y el alma, ¿qué es el alma? ¿Necesité yo á caso de ella para hallar un esposo rico que me diese trajes brillantes y magníficos adornos; para ser aclamada por la sociedad; para tener una vida de placeres? ¡Gocemos hoy, que demasiado pronto vendrán la vejez y los achaques!»

Esto es lo que las madres de hoy enseñan á sus hijas, y hé aquí por qué la sociedad desquiciada vá perdiendo su equilibrio: hé aquí por qué la sociedad, llegada á su mayor grado de civilización, amenaza no obstante disolverse. Es como una hermosa que aún ostenta robustez y vida, pero que lleva en sus entrañas el veneno que debe aniquilarla. Mañana será cadáver!

¿Pero adónde me ha llevado, mi buen amigo, el desorden de mi fantasía? ¡Bien hacia en acogerme de antemano á tu inagotable indulgencia! Pensaba contarte una historia, y he hecho una pesada disertación de moral: bien es verdad que mi historia es como todas, y sólo dos rasgos bastarán para trazarla.

La madre de aquella niña tan inocente, tan pura, tan amante, era como casi todas las madres de este siglo. No habiendo pensado jamás en ofrecer á su esposo la dicha, éste la había buscado fuera del santuario de su casa. Marido y mujer eran, hacía muchos años, dos extraños que vivían, por conveniencia, debajo de un mismo techo. El ángel que debía unirlos, la tierna niña, tan bella y tan graciosa, estaba abandonada á los criados, y su madre creía haber cumplido todos sus deberes cuando por las mañanas depositaba un beso en su pura frente. Más tarde la hizo enseñar cuanto una joven necesita para brillar en sociedad: falso oropel que, como la rizada pluma de la mariposa que se desprende al menor contacto, se pierde con la más pequeña contrariedad de la suerte.

Creyendo haber completado con esto su educación, cuando aún no tenía doce años la lanzó al torbellino de los bailes, en donde la niña perdió la inmaculada pureza de su alma.

A los diez y seis estaba ya hastiada de placeres, y como su corazón tierno y amante no podía hallar en ellos la felicidad, sucumbía bajo el peso del más terrible tedio.

Pasó entonces por Sevilla un opulento extranjero, y la casualidad le puso en contacto con la pobre Elvira. Era hombre de mundo, y supo lo que debía hacer para atraerse la protección de su madre. Rodeóla de placeres: los bailes, los teatros, las fiestas campestres absorbieron todos sus instantes, y completó la fascinación con espléndidos regalos. El amor propio de Elvira estaba satisfecho; su madre, halagada por la esperanza de que aquella bulliciosa vida, que era su elemento, no tenía término; queriendo, por todos los medios imaginables, llevar al rico extranjero por el camino del matrimonio, buscaba ella misma las

ocasiones de servir á sus proyectos; afectaba ser sorda, muda y estúpida, para no verse obligada á reprimir su osadía.

Cuando iban á alguna gira de campo, y el caballero, dando el brazo á Elvira, se adelantaba á todos, perdiéndose á lo lejos con ella; cuando en un baile la llevaba á los bosquecillos perfumados del jardín, y las amigas reprendían á la madre criminal por su abandono, ésta exclamaba con énfasis:

—Mi hija no necesita de la vigilancia de nadie. La he dado una educación esmerada; posee el francés, el italiano, el inglés; hace versos y canta como un ángel. Mi hija ha frecuentado mucho la sociedad, conoce el mundo y sabe lo que es preciso hacer.

Pero una mañana el extranjero se ausentó de la ciudad para nunca más volver, y Elvira, que no le amaba, perdió, no obstante, toda su alegría.

Pasáronse diez años, la joven tenía veintiseis, y aún no había hallado esposo. La tristeza había cubierto con un velo su cándida fisonomía; sus ojos habían perdido su brillo; sus mejillas estaban lívidas. A fines del invierno de 1858 fué preciso llevarla á respirar el aire puro y vivificador de Sierra-Morena.

Allí, entre los bosquecillos de limoneros y naranjos, en aquel suelo alfombrado de flores y yerbas aromáticas, en medio de aquella naturaleza espléndida y lozana, se realizó la novela de su vida.

Elvira amó y fué amada. Amó con ese amor puro que es un rayo escapado del sagrario del Eterno; amó con ese amor casto y sublime que resume en sí mismo todas las delicias de los ángeles. Entonces comprendió cuál era el verdadero norte de sus deseos; entonces descubrió la felicidad, tal cual su corazón la ambicionaba; la felicidad de la vida íntima que se oculta en el hogar doméstico; la felicidad de fundir su ser en otro ser y vivir con su misma vida. Vió en derredor de sí castas esposas, adheridas á su esposo como la vid al olmo, recibiendo de él sólo los torrentes de la sávia fecundadora. Pero una funesta idea la impedía apurar la copa de la dicha; una voz secreta la hacía temblar y huir del hombre á quien amaba, y sólo después de muchas luchas, sólo después de muchas lágrimas, vertidas en el silencio de la noche, consintió en que su amante la signiera á Sevilla y fuese allí su esposo.

Es inútil decir que el padre y la madre, que ya desesperaban de ver colocada á su hija, acogieron al acomodado pretendiente con trasportes de alegría. Hicieron apresuradamente los preparativos de la boda; pero á medida que se acercaba el solemne instante, Elvira estaba más triste, más inexplicables eran sus caprichos, más violenta la lucha que parecía sostener consigo misma.

El amante, sorprendido con sus vacilaciones, dió entrada en su alma á los celos, y determinó á todo trance descubrir este misterio.

Al anoecer de la tarde precedente al día de la ceremonia, Elvira quiso ir á orar á una iglesia vecina. El amante buscó un pretexto y salió tras ella, dirigiéndose á la iglesia designada.

La joven doncella que acompañaba á Elvira estaba allí, pero á ésta le fué imposible descubrirla. Salió otra vez de la iglesia y le pareció verla al extremo de la calle, doblando precipitadamente la esquina.

El joven la siguió, pero tuvo que seguirla muy lejos, porque Elvira no se detuvo hasta llegar á la pequeña capilla de la Inclusa.

Cuando él entró, el recinto estaba iluminado tan sólo con una lámpara, que aumentaba las confusas sombras en vez de desvanecerlas; pero alumbrado por la siniestra luz de los celos, divisó en una capilla lateral á dos mujeres. La una vestía el traje del establecimiento, la otra iba cubierta con su mantilla. En medio de las dos había una niña de diez años, una triste incluserita.

—Hija mía, hija de mi vida! perdón si te abandono! ¡perdón si de aquí en adelante te privo hasta del placer de recibir mis caricias decia sollozando una de las dos mujeres.

El joven, ciego de furor, se avalanzó en medio del grupo, y se mostró como la sombra de Bancu á los ojos de la infeliz Elvira, que cayó desplomada al suelo.

Al día siguiente las campanas de la iglesia cercana á su casa, en vez de tocar á boda, tocaban á la agonía de un alma próxima á abandonar el mundo.

La existencia de Elvira, hacía tanto tiempo combatida, acababa de desquiciarse. A la misma hora en que debía dirigirse coronada de azahar y de rosas blancas al templo, para jurar su fé al hombre á quien amaba, la infeliz, luchando con las sombras de la muerte, pidió ver al que debió ser su esposo y la había abandonado á su deshonra. Buscáronle por todas partes, y Dios quiso que le hallasen.

¿Para qué detallar la desgarradora escena que tuvo lugar entre los dos en aquella estancia nupcial que iba á trocarse en mortuoria?







—Lo que acabo de decirte es la verdad. Berta acaba de morir, y Lutgarda la seguirá muy en breve.

—Ah! corro en su busca.

—Prueba á levantarte, y tu intento será inútil.

Y en efecto, la pobre Blanca luchaba en vano por desprenderse de su asiento: parecía que estaba enclavada en él.

—Condenada estás, añadió el fantasma, á no ver á tus hermanas, vivas ó muertas, en el espacio de un mes.

—¿Y quién eres tú que tan impiamente derramas en los corazones la emponzoñada hiel de la amargura?

—Soy... ¡la Muerte! Si quieres seguir á tus hermanas por el camino de las tinieblas, podrás hacerlo cuando el anillo de *Oscar* haya cambiado en blanco su intenso color de fuego.

—Y en dónde está ese anillo?

—Aquí. Tómale, y adios.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, el fantasma desapareció de pronto, dejando en manos de la aturdida Blanca el anillo de *Oscar*.

A los pocos días comenzó á perder su primitivo brillo, hasta que al fin quedóse enteramente blanco.

### III.

La pobre Blanca se sentía morir, acosada por el más agudo dolor.

Vió pasar por delante de ella una fúnebre comitiva, en medio de la cual iba un carro enlutado con dos ataúdes, y rodeado de pálidos fantasmas, que entonaban cánticos funerales.

Quiso gritar, y no pudo: habíase quedado la voz helada en la garganta.

Por fin logró levantarse de su asiento, con ánimo de seguir el fúnebre cortejo; pero con gran sorpresa suya vió que todo había desaparecido, quedando en su lugar envuelta en las más densas tinieblas...

Solamente después de un largo rato pudo distinguir á su izquierda un punto luminoso.

Se dirigió hácia él, y se encontró con un venerable anciano que por una bóveda calcárea se paseaba pensativo.

Su barba era tan larga, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

A sus costados tenía un reloj de arena y una guadaña.

Aspero, frío é impasible, dijo á Blanca: —¿Qué buscas en la mansión del *Tiempo*?

—Busco á la luz de mis ojos, á la vida de mi vida.

—¿Y quién es la luz de tus ojos y la vida de tu vida? la replicó el viejo.

—Mis hermanas Berta y Lutgarda.

—Tanto las amas?

—Que si las amo! Pregunta al viento por los gemidos que lleva entre sus alas, y él te dirá, que son los *ayes* de dolor que continuamente se escapan del amargado pecho de la desventurada Blanca.

—Pues bien; si tanto amor profesas á tus hermanas, lo que podré hacer en tu obsequio es dejarte pasar á la mansión de las *Parcas*. Anda, y ve si entre los hilos que están tegiendo se encuentran los de la vida de tus hermanas. Si allí no están, no los busques en el pueblo, porque se habrán desvanecido como el humo. Entra.

Con afán miró Blanca los vitales hilos que entre sus dedos recorrían las *Parcas*; y aunque escrupulosamente los examinó, no pudo distinguir los de Berta y Lutgarda.

—Y bien, la preguntó el *Tiempo*, ¿qué has visto?

—Nada; exclamó llorando la infeliz Blanca.

—Espera aún. Voy á hacer que subas á la última region, en donde tal vez encuentres á tus hermanas. —¡Pegaso!

A este grito del *Tiempo*, acudió un hermoso caballo blanco, arrogante y alado.

—Mira, niña de las trenzas de oro, monta en él, y déjate llevar por los aires, que ningún daño has de recibir. Te presentarás ante el *Origen*, que es el rey de todos nosotros, y él quizá te diga el paradero de tus hermanas.

### IV.

—Hala! Hala! caballo blanco, Hala! corre, vuela! decía Blanca, atravesando el aire con la rapidez de una saeta.

Y ¡cosa rara! á sus pies no había ni tierra ni agua, ¡sólo tinieblas! Por arriba todo se veía iluminado por una claridad vivísima.

Por fin Blanca llegó á una diamantina puerta.

Millares de estrellas brillaban á su alrededor con mágicos resplandores.

Una hechicera *Hada* acudió á la jóven con solicitud, y, dando muestras de la mayor alegría, la acarició tiernamente. —Espera, la dijo; sé quién eres, y voy á presentarte ante el *Origen*.

Atravesaron varios encantados sitios, hasta que por último llegaron á una magnífica estancia, en la cual, sentado sobre un resplandeciente trono, había un anciano más grave aún y majestuoso que el *Tiempo*.

Apénas Blanca lo divisó, echó á correr para arrodillarse á sus plantas.



### TIPOS MEJICANOS.

—Señor...

—No prosigas, exclamó el *Origen*, interrumpiéndola, sé lo que te conduce á este sitio. Qué quieres? ¡la muerte aquí con tus hermanas, ó la vida allá abajo?

—Oh! La muerte!

—Pues bien; vuelve la cabeza: ahí las tienes. . . . .

### V.

Por aquel tiempo, los habitantes del pueblo de *N...* daban sepultura á los cadáveres de las tres hermanas más queridas del mundo.

JESUS CENCILLO.

Madrid, Setiembre 1872.

### EL GENERAL HOCHÉ.

Por los años de 1770, poco más ó menos, existía en Versalles un cocinero bastante afamado, llamado Maese *Lázaro*; gruñidor eterno, que pasaba la vida reprendien-

do ágramente á un hermoso niño de cinco á seis años, gritándole á todas horas:

—Seis años por Natividad! Seis años! ¡y no sabe espumar el puchero, ni dar vuelta al asador!... nunca serás hombre de provecho.

Maese *Lázaro* era uno de esos hombres maniáticos que llevan su oficio hasta el fanatismo, considerándole el mejor y más honroso de todos los oficios.

Para él, la idea de que su pequeño *Lázaro* detestaba la cocina, era la continua pesadilla de su alma; y el niño, como si quisiera justificar las fuertes reprimendas de su padre, se burlaba de los patos asados y de las tortillas de yerbas, cosa para hacer dar en loco á su fanático padre, que llevaba el gorro de algodón con tanto orgullo como si fuese la corona de Alejandro.

En la época á que nos referimos había llegado á Versalles una jóven frutera de Montreuil, hermana del implacable cocinero, sólo con el objeto de traer algunos regalitos á su hermoso sobrino, por el que sentía un cariño que casi rayaba en locura.

Marta, que así se llamaba la frutera, no podía ver las rosadas mejillas de *Lázaro* sin llenarlas de besos, y á la verdad que aquel niño era merecedor de sus extremadas caricias.

La presencia de *Lázaro* era tan gentil, que cautivaba la atención de cuantos le veían; luego su fisonomía espiritual, su carácter bullicioso y turbulento, pero sobre todo bueno y sensible, no podían menos de inspirar el más vivo interés.

Uno de los días que Marta pasaba en casa de su hermano, llegó á sus oídos el ruido desesperado que hacía Maese *Lázaro* arrojando á su hijo todos los cachivaches de la cocina. Marta corrió desalada, y halló á Maese *Lázaro* medio loco.

—Pero ¿qué ha sucedido, hermano?

—Que ese infame holgazán, por estar jugando al florete con el asador contra la pared, ha dejado que el gato se llevase una gallina que íbamos á asar, y que la olla se derramase por la ceniza. Ya lo he dicho; este muchacho nunca será cosa de provecho... Seis años!... ¡y no saber dar vuelta al asador!

Marta, que era una jóven espiritual, que sabía leer y amaba las flores, no era de la misma opinión acerca de la inutilidad del pequeño *Lázaro*, y se decidió á hacer cuantos esfuerzos estuviesen de su parte para arrancarle de la cocina.

—Hermano, dijo con voz conmovida, dirigiéndose al cocinero; siempre has mostrado grandes deseos de hacerte con ese gran baul de encina que heredé de nuestra madre, y que tanto te conviene para guardar la loza; siempre me he negado á vendértelo, pero si ahora me le quieres comprar...

—Te doy por él diez francos, ya lo sabes, contestó el cocinero.

—Nó... quiero mucho más.

—Diez francos y medio, Marta. ¿Te acomoda?

—Nó, nó, es poco... quiero por él un tesoro.

Maese *Lázaro* miró á su hermana con sorpresa, pensando si estaría loca.

—Sí, prosiguió la frutera, quiero que me des en cambio á *Lazarito*; pero dármele para mí sola, ¿entiendes? y así, esta misma tarde os quedareis con el baul, y yo me llevo al pequeño conmigo á Montreuil.

El cocinero puso algunas dificultades, porque, á pesar de todo, era buen padre; pero el muchacho le hacía tantas veces desesperarse y echar á perder las salsas... las instancias de Marta eran tan vivas, y el baul tan cómodo para guardar la loza, que al fin cedió.

—Ahí le tienes, dijo á Marta, entregándole el muchacho; te lo cedo porque sé que contigo lo pasará bien.

Marta se apresuró á llevar á *Lázaro* hácia su carretoncillo, pues temía á cada momento que se volviese atrás el cocinero.

—Pobre niño! iba diciéndole por el camino, algo mejor estarás en mi casa entre las cestas de fruta, que oscurecido entre las ollas y los asadores... Allí te hubieras ahogado con el humo... Mira, mira mi ramillete de violetas, qué pronto se ha marchitado... y tú, que eres tan hermoso como una rosa... vamos, vamos pronto, ántes que acaso te vuelvan á llevar.





192.

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid





Marta llenó de caricias al niño, le acomodó en el carretoncillo con ella, y no respiró hasta verle en su casa de Montreuil.

Cualquiera que hubiera visto á Marta arrastrando al hermoso Lázaro hácia su carretoncillo, la hubiera tomado por una gitana robando un niño, á no ser por el rasgo de espiritual bondad que se reflejaba en la graciosa fisonomía de la jóven frutera.

El primer cuidado de Marta fué poner á Lázaro á leer, cosa en que su padre no hubiese pensado jamás; y el niño, por su parte, se daba tal prisa á aprender, que la maestra se veía precisada á guardarle el libro para que no se fatigase demasiado.

El niño era obediente y sumiso, infiltrándose poco á poco en su carácter la dulzura y sentimentalismo de Marta; sentimentalismo que debía servirle más adelante para dulcificar sus ocupaciones en la penosa carrera que iba á emprender; porque Lázaro, que había empezado por jugar al florete con los asadores de su padre, iba desplegando

sus narraciones con frecuentes vasos de ratafia, y asegurando haber contribuido á todas las batallas ganadas por el mariscal conde de Saxe, y en particular á la batalla de Fotenoy.

Estas historias belicosas y llenas de exageraciones, referidas á la opaca luz del hogar, inflamaron de tal manera la imaginación de Lázaro, que, dormido ó despierto, ya no pensaba más que en las maniobras militares.

Oía el silbido de las balas, el estampido del cañon, el relincho de los caballos, y solo y encerrado en su alcoba, accionaba con su baston, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Mariscal! adelante con la caballería real! ¡atrás los ingleses! pum! pum!... victoria! viva la Francia!

El pobre Lázaro se figuraba entónces ser coronel ó escudero del rey; mas volviendo luego á la realidad, se decía tristemente:

—Un sobrino de una pobre frutera, subir tan alto.... imposible!

una viejecita, que seguía con ojos inquietos todos los movimientos del general, y gritaba como veinte años ántes:

—Dios mio! Dios mio! va á caer!

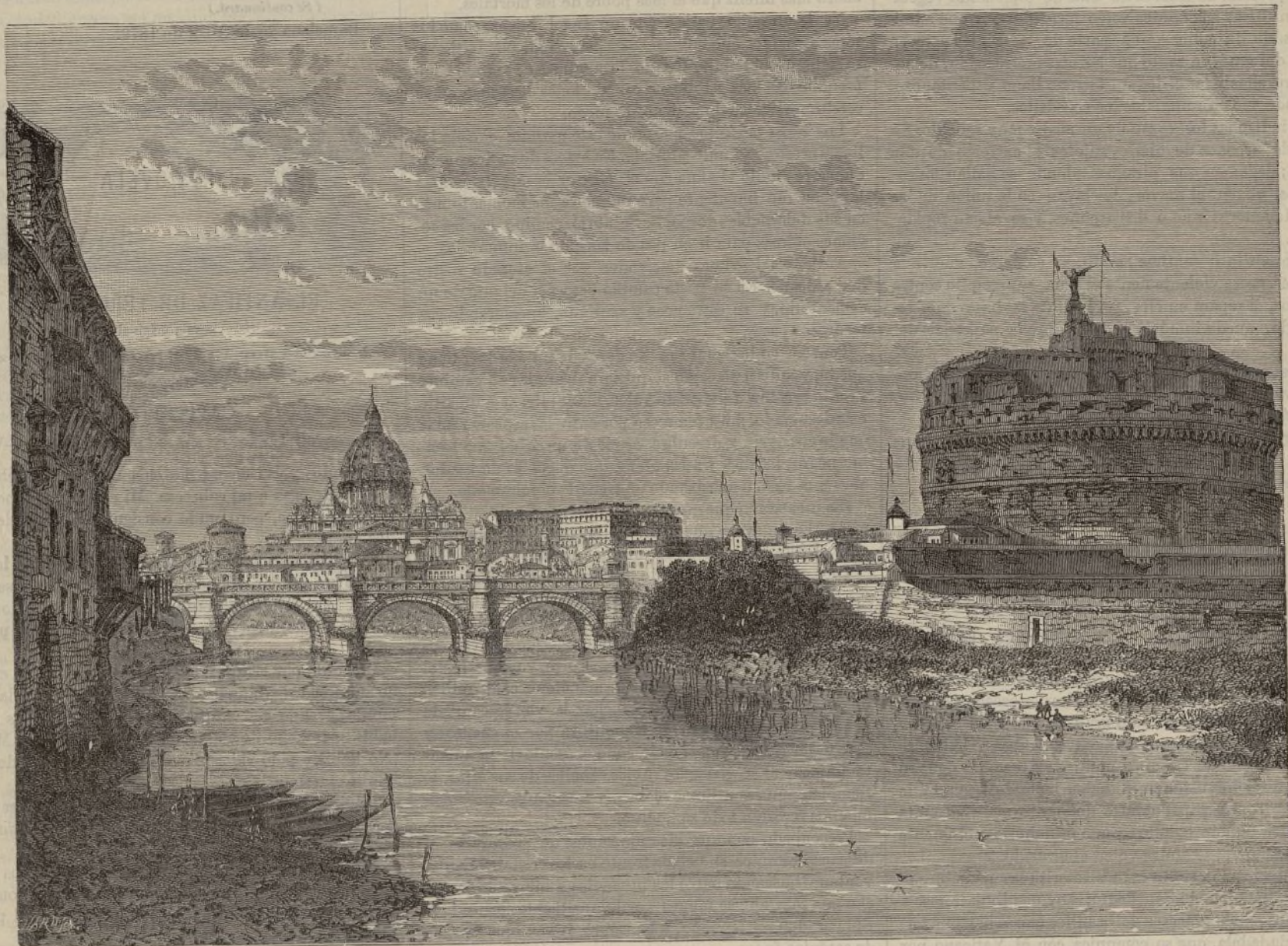
Aquella mujer era Marta Hoche, que vivía en París.

El general, que no se desdeñaba jamás de su humilde origen, saludaba graciosamente á Marta con su magnífico sombrero, y sonreía de gratitud ante aquella mujer, á quien debía toda su primera instrucción.

El general Hoche murió muy jóven aún, de resultas de una enfermedad del pecho contraída en la agitada guerra de la Vendée, falleciendo el día 4 de Setiembre de 1797, y sospechándose fundadamente, según algunos, que había sido envenenado.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Madrid y Octubre, 1872.



EL CASTILLO DE SANT-ANGIOLO Y LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

de día en día el genio militar, que había de hacer de él un hombre tan distinguido.

Montaba á caballo en todos los palos que podía haber á las manos, les ponía riendas de cintas, y ejecutaba todos los movimientos del mejor jinete.

Cuando alguna vez echaba á correr al galope sobre una escoba, Marta le seguía con ojos inquietos, llamaba por los nombres más tiernos, y gritaba toda asustada:

—Dios mio! Dios mio! Va á caer! Y Lázaro, dócil á aquella voz, volvía al galope sobre su escoba, pagando á Marta sus cuidados con un sonoro beso ó una sonrisa de ángel.

Esta disposición belicosa fué aumentando de tal manera, que á los diez años fué nombrado general en jefe por la mitad de los niños de Montreuil, que disputaban á la otra mitad un nido de mirlo. Lázaro, aunque menor que muchos de sus compañeros, dirigía las operaciones con admirable valor y maestría, y armado de su espada de palo y con su casco de papel en la cabeza, llamaba con sus maniobras la atención de los vecinos de Montreuil, que le vieron ganar en una sola tarde cuatro batallas.

Entre las personas que se reunían en casa de la frutera, había un anciano, soldado de marina, que se entretenía en contar sus campañas y fumar en pipa, humedecien-

Pero en tanto ya Lázaro era jóven y se acercaba el año de 1789, cuya revolución había de operar tantos milagros. Lázaro fué enganchado en las guardias francesas, á pesar de las lágrimas de Marta y de su desconsuelo al verle partir. Merced á sus finos modales, á su valor y á su exquisita delicadeza, fué ascendido á sargento. El siglo marchaba á paso de gigante y con él la fortuna de muchos sargentos. Sobre todos ellos se alzaba Lázaro, siempre ascendiendo y distinguiéndose por aquel bellísimo carácter que la frutera había sabido inculcarle.

La fortuna excedió aún los deseos y los sueños de Lázaro: no era coronel ni escudero del rey, porque no los había ya; pero ascendió al más alto grado militar de los ejércitos franceses.

Abrid las páginas de la historia moderna y no podéis leer, sin enterneceros, las bellas y grandes acciones del general Hoche, pacificador de la Vendée.

Lázaro Hoche, el hijo del cocinero, el sobrino de Marta la frutera, fué tan modesto y generoso en medio de sus victorias, como lo había sido en sus juegos de Montreuil. Y cuando se presentaba, cubierto de oro y bordados, á la cabeza de su brillante estado mayor, para pasar revista á su valientes tropas, y marchaba al galope recorriendo las filas, oíase muchas veces la voz cascada de

## EL COCODRILO.

La familia de los cocodrilos comprende un solo género, que se divide en tres subgéneros: el primero, el de los caimanes, peculiar de América; el segundo, el cocodrilo propiamente dicho, que se encuentra en el nuevo y en el viejo mundo, pero nunca en Europa, y el tercero; que reside exclusivamente en el Ganges y en algunos otros caudalosos ríos de la India.

La figura del cocodrilo produce el efecto de un lagarto gigantesco, y hay algunos que miden hasta 30 pies de longitud. Tiene el cuerpo deprimido, prolongado y protegido por una piel durísima, rugosa, en forma de escudos, que rechaza la bala; la cola es algo más larga que el tronco, y es aquillada y dentada por su parte superior. Las patas, que son cuatro, las tiene cortas, bajas y espaciadas entre sí, de manera que al andar arrastra el vientre por el suelo; la cabeza es oblonga, doble de larga que de ancha; tiene la boca deforme y la lengua muy carnosa, sonrosada y adherida á la parte inferior, y como carece de labios, se le ven siempre los dientes, lo cual le dá un aspecto feroz y repugnante.

El color de su piel, que los antiguos llamaban acorte-



zada, es pardo ú oscuro y aun verdoso en el dorso; el vientre y las patas son amarillentas.

Sus ojos son pequeñísimos y muy semejantes á los del cerdo, abiertos en direccion del hocico, y están provistos de tres párpados. El grito del cocodrilo es muy parecido al maullido del gato, y lo repite con frecuencia: en el cocodrilo adulto es un verdadero rugido.

Enemigo de la luz del sol, pasa los dias inmóvil y alestargado entre los cañaverales, sobre las isletas de cieno ó en la orilla de los rios; pero se embosca de noche entre el ramaje, y acecha, como las fieras de los bosques, el paso de los demás animales, á los que engulle sin despedazarlos. Los patos, las cercetas y las demás aves acuáticas, pagan un grandísimo tributo á su voracidad, que no respeta ni al tigre, ni á la pantera, ni al hombre; venciendo los, cuando no puede con la fuerza, por medio de la sorpresa y de la astucia.

Nuestro grabado representa una cacería de cocodrilos en el lago de *Anengué*, situado en el Africa ecuatorial. El lago parece una inmensa sabana de agua límpida y apacible, poblada de diferentes islas de espléndida vegetación, mientras sus bordes están formados por una admirable serie de colinas, una parte de las cuales parecen brotar del agua, en tanto que las otras retroceden, dejando entre ellas y la orilla un terreno llano y pantanoso, en donde suelen refugiarse los cocodrilos.

Los indígenas los cazan de un modo muy sencillo. Se valen de arpones de hierro, sujetos al extremo de una cuerda; llegan en sus piraguas adonde se hallan los cocodrilos, eligen el mayor, le clavan en la union de las patas delanteras uno ó dos arpones, y se alejan rápidamente.

El cocodrilo al sentirse herido, se sumerge, vuelve á aparecer, azota violentamente el agua, se precipita contra la canoa, si repara en ella, y continúa así hasta que, desangrado, queda inmóvil y flota sobre la superficie del lago.

En este caso le arrastran hasta una isleta, vuelcan una canoa vacía, colocan en ella el gigantesto cadáver, y regresan á su aldea orgullosos de su triunfo.

Se ignora fijamente el límite de la vida de estos monstruos reptiles; pero se calcula atendida la lentitud de su desarrollo, que debe ser de 90 á 100 años.

NICASIO ALVAREZ.

## EL CASTILLO DE SANT-ANGIOLO

Y LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

Hoy que todo el mundo tiene fijadas sus miradas, llenas de inquieta ansiedad, sobre la Ciudad Eterna, creemos que será grato á nuestras lectoras el grabado que representa dos de sus más importantes monumentos. Ambos se hallan situados en la ciudad Leonina, punto de Roma que debe su nombre á la circunstancia de haber incluido Leon IV la verdadera Roma papal dentro del muro que rodea á la capital del mundo católico y que principia en el puente de Sant-Angiolo, segun se vé en el grabado.

En artículos anteriores hemos descrito las magnificencias de la Basílica de San Pedro; hoy nos limitaremos á hablar dos palabras acerca del castillo, que es hoy una fortísima ciudadela, que se comunica con el Vaticano por cierta oculta galería, y sirvió de refugio á Clemente VII, cuando el Condestable de Borbon asaltó á Roma.

Nada más grandioso que la alta mole circular de ennegrecida piedra, resto del antiguo mausoleo. Sobre la fortaleza, que ocupa el centro de la majestuosa rotonda, se levanta un ángel de bronce dorado, con las alas extendidas. Este ángel, que dá nombre á todos aquellos sitios, recuerda un interesante episodio, que el eminente literato don Pedro Antonio de Alarcon refiere en los siguientes términos: "Por los años de 600, una terrible epidemia diezmaaba la población de Roma. El Papa, que lo era á la sazón San Gregorio el Grande, recorría la ciudad en rogativa á la cabeza de todo el clero romano y de un pueblo inmenso, cuando al pasar cerca del mausoleo de Adriano se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero trasporte.—Acababa de ver en los aires al Angel Exterminador, el cual (dijo) envainaba su espada en aquel momento como en señal de que la peste iba á concluir.—Y así fué: la peste concluyó á los pocos dias... Mil trescientos años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal ciudadela el gigantesco ángel que hoy le corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino."

EDUARDO LOPEZ.

## DELIRIOS.

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO FLORES Y LL...

I.

Sucede á veces que el viento silba, los árboles se estremecen, las campanas doblan, el cuervo deja oír su lúgubre graznido y le responde la lechuza, oculta entre los oscuros rincones de un campanario: densas sombras cubren la tierra, y á lo lejos oyense los ladridos de vigilantes é inquietos perros.

En uno de estos momentos que acabo de describir, penetra el terror más intenso en el alma de un pobre aldeano, que atraviesa veloz los campos, bosques y praderas, para alcanzar el umbral de su pobre choza.

Por qué tiembla? ¡Ah, Dios sólo sabe las sensaciones que destrozan su angustiado pecho!

Viene de la magnífica quinta del conde de B..., hombre ántes feliz y envidiado por su poder y riquezas, siendo ahora más infeliz que el más pobre de los mortales.

Tenia una hija, bella como un ángel, buena como los seres escogidos que envia Dios á peregrinar por la tierra; su talento sobrenatural todo lo analizaba, todo lo comprendia: las más sublimes concepciones brotaban de su cerebro privilegiado y lleno de fuego.

Los seres perfectos no son de este mundo; el cielo les llamapresto, ay! muy presto!... En brazos de su desgraciado padre rindió el alma con el postrer beso, y la ciencia humana fué impotente para retenerla un momento más en sus deleznales despojos. Se abrió camino por las regiones etéreas para ir en pos de las glorias inmortales.

Ardientes lágrimas descenden por el atezado rostro del aldeano. En su triste camino pasa por delante de un cementerio, y se estremece y santigua, apresurando sus medrosos pasos.

Penetra en los sombríos senderos de un bosque; tiene miedo, y se detiene como si quisiera desandar su camino. Pronto recobra un poco de valor, mas al llegar á un sitio más despejado, mira temeroso por entre las espesas ramas que le circuyen, y descubre al pié de un árbol una sombra negra, fatídica y aterradora, que á golpes de azadon abre una fosa, demostrando un frenesí sobrehumano.

¡Es un asesino que quiere ocultar el cuerpo de su víctima!... ¡Es un avaro que busca un lugar seguro para depositar el fruto maldito de su infernal usura!...

Dios mio, tened piedad de mí! La sombra se dirige hacia él paulatinamente; brillan sus ojos con siniestro fulgor; entónces siente impulsos de huir, y huye, sin atreverse á volver la cabeza atras, creyendo siempre que vá á sujetarle una férrea y huesosa mano... Corre, vuela, sale del bosque, respira al fin; y al oír el monótono campanilleo de rezagados rebaños, y al escuchar la voz cercana de aquellos que los dirigen, se tranquiliza por momentos y pronto llega á su choza, recibiendo el ósculo de su amante mujer; y al acariciar los rubios cabellos de sus hijos, le tiemblan aún las callosas manos, y frecuentes estremecimientos recorren todo su cuerpo.

Preocupado con una idea fija, ántes de procurarse el descanso estampa su helada frente en los cristales de una ventana buscando entre las inmóviles sombras de la noche una sola que se mueva vertiginosamente con un horrible azadon en la mano, y lanzando de sus ojos chispas de satánico fuego.

Nada; todo es misterio, soledad y lobreguez completa: sólo el viento continúa silbando, los árboles estremeciéndose, las campanas señalando con son lento y acompasado la huella de las horas que huyen veloces sobre sus cuadrantes de piedra.

En la solitaria choza entra tambien el silencio, y cierra sigilosamente los párpados de sus moradores, y el ángel de la noche descende con sus blancas alas para proteger el sueño.

Aparece un nuevo dia, bello, espléndido y radiante. Los torrentes bajan al llano, y convertidos en arroyos bañan con sus aguas, flores, yerbas y aterciopelado musgo. Todo sonríe, todo encanta, todo arrebat. El pastor corre detrás de sus ovejas, cantando los aires de su país nativo; y la bella aldeana con su cesto de mimbres lleno de frutos que lleva al mercado, recorre gozosa su camino, pensando que el domingo, santo dia de reposo, estrechará á su bien amado en sus brazos, en el torbellino del baile que tendrá lugar en la plaza del pueblo.

¡Qué fué de la sombra que amedrentó al aldeano la pasada noche? ¡Qué pudo producir tan extraño paraismo de terror? Las alucinaciones de un alma timorata y la noche, evocaron tan extraños delirios.

A los primeros fulgores del naciente dia, la sombra pavorosa se vió convertida en arbusto de espesas hojas, y el azadon en rama movida por el viento; los ojos de fuego en pequeñas luciérnagas.

Qué fué del padre que lloraba la muerte de su hijo!...

Si vais á visitarle de nuevo, vereis á otro niño sonrosado y hermoso en lugar del primero, el cual le hace olvidar la temprana muerte de su hermano; realizando así la compensacion que la Providencia concede á los seres racionales para no turbar la armonía del universo...

¡Reid, mortales; gozad inocentemente de los placeres que á cada paso se os ofrecen sin peligro; dejad que las campanas toquen á muerto, y que los cadáveres reposen en sus heladas tumbas; dejad que el crimen tarde en ser castigado, y que el pobre aspire por ser rico; que la mujer fea se afane por parecer hermosa, sin que os dé cuidado el terrorífico aspecto que presenta el mundo considerado en todas sus fases, y sin que os inquiete el porvenir con su *mañana*, ese *mañana*, problema latente, evidente, patente que os parece tan árduo! Sólo Dios lo resuelve todo, pues es el único gran profesor de *matemáticas infinitas*, y El sólo descubre ante el hombre los *incógnitos*.

TEODORO BOULLENGER.

(Se continuará.)

Barcelona 25 de Abril de 1872.



## EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

### CAPÍTULO IX.

MUERTE DE IRENE, Y MIS REMORDIMIENTOS.—VIAJES.

Cuando volví en mí me encontré en mi lecho, y el médico de casa á mi cabecera. Mi padre y él procuraron tranquilizarme, pero no lo consiguieron hasta de allí á dos horas.

Tres dias permanecí enferma, y al cuarto me levanté; siendo mi primer cuidado el informarme de la salud de Irene. Ay! estaba espirando, y no habia remedio humano que pudiera salvarla. Su agonía era lenta, pero segura.

Pregunté por Eguilaz, ansiando saber si habia cumplido mi deseo de dulcificar las últimas horas de la moribunda, y supe con sorpresa que hacia dos dias que se habia marchado de Salamanca, hallándose en Madrid. ¡No habia tenido valor para ofrecerse á la vista de su espirante víctima.

Tendria yo más que él? ¡Me atreveria á ir á ver á Irene! Mi corazon y mi conciencia me lo ordenaban; pero ¡ay! mi vanidad lo rechazaba.

Estuve batallando con estos dos encontrados sentimientos; mas al fin venció mi ángel bueno, y acompañada de Leocadia me atreví á presentarme en el palacio Valdelirios.

Harto sabia yo á lo que me exponia, pues conocia el génio altivo de la vieja marquesa, y que no seria extraño que me echase de su casa. A pesar de todas estas reflexiones no me detuve, pareciéndome que esta visita era mi expiacion, y la penitencia que yo me imponia; ¡bien leve por cierto para el daño que habia hecho!

Llegamos á la morada de la enferma un anochecer, y fuimos recibidas con la mayor finura por el mayordomo.

Oh! aquella casa ofrecia por todas partes la imagen de la muerte y la desolacion. Los ricos muebles descuidados y cubiertos de polvo. Los cortinajes y tapices arrugados y aun rotos.

La servidumbre corriendo azorada de una á otra parte, y retratadas en sus fisonomías la angustia y la desesperacion. Todo aquel desórden era obra mia. Me estremecí de terror, teniendo que apoyarme en Leocadia para no caer.

El mayordomo pasó recado de nuestra llegada, y á los pocos momentos se presentó una anciana camarera con la respuesta. No era posible ver á Irene; cualquier emocion podria apresurar su muerte. Nos despedimos, y le confieso á V., Augusto, que me hallé aliviada de un gran peso, por haber hecho siquiera una buena accion en medio de tantos desaciertos.

Desde aquel dia, todos los demás mandé á preguntar por la salud de Irene. Como todos los tísicos, unas veces se encontraba mejor y otras peor. Ah! General, horrible era lo que yo sufría; esperaba con la mayor angustia el



recado; si me decían que se encontraba mejor, me entregaba á una alegría loca y delirante; pero si estaba peor, me estremecía, lloraba mucho, y al fin, desfallecida de angustia, me veía precisada á recogerme. Mi vida era una desesperación continua, que los remordimientos y la voz de mi conciencia acibaraban.

Oh! Cuanto yo hubiese dado porque Irene se salvase! Sin vacilar hubiera dado la mitad de mi fortuna; pero lo que estaba hecho, estaba hecho. Dios no quiso apiadarse de mi llanto, y al cabo de un mes la infeliz espiró con una muerte apacible y tranquila.

Al saber yo la noticia, caí en el suelo presa de una convulsión nerviosa terrible; ¡parecía que iba á ser la última hora de mi vida!

Mi padre, ahogado de dolor á la cabecera de mi lecho, maldecía una y mil veces mi vanidad, causa de aquellas desgracias. En cuanto á mí, no sabía ni cómo estaba, ni cómo vivía; un terror pánico se apoderó de mi ánimo, en términos que no podía estar sola ni un momento. ¡Me perseguía en todas partes el amenazador espectro de Irene!

La ciudad entera me maldijo; me lanzó su despreciativo anatema; llorando compasiva la muerte de la pobre mártir.

Yo no quería ver á nadie más que á mi padre y al médico, pues me parecía que iba á leer en todos los rostros la reprobación de mi infame conducta.

Ah, General! No sabe el que va á cometer un crimen, lo espantoso de los remordimientos; porque si no, aun cuando no fuese más que por eso, siempre se obraría bien. Imposible es imponer silencio á los gritos de la conciencia que, exigente, dá terribles alabadas sobre el corazón.

Mis sueños eran espantosos, poblados de espectros y sepulcros, y despertaba bañada en frío sudor, que acababa por convertirse en un prolongado desmayo.

En fin, tan mala me encontré, que el médico dijo resueltamente á mi padre, que sino me sacaba de Salamanca, en donde todos eran recuerdos, perecía.

El digno señor, sin vacilar, realizó su comercio y dejó en mi compañía su ciudad natal.

En un estado de debilidad, difícil de decir, fui transportada á Valencia: allí mi buen padre me rodeó de todas cuantas comodidades pueden inventar el lujo y el cariño. Yo era aficionadísima á flores, y siempre tenía llenas de ellas mis habitaciones; á mí me agradaban mucho los perfumes, y los tenía hasta en la mesa: en fin, el cariño idólatra de mi padre se manifestaba en todas partes.

Después de dos meses de estancia en Valencia, me encontré algo mejor; mi sueño fué más tranquilo, mis recuerdos menos lúgubres, y pude salir á la calle en coche.

La primera vez que, en carretela abierta, me presenté en paseo, mi fatal belleza produjo un verdadero fanatismo, y esto que aún estaba pálida y lánguida de resultas de mi enfermedad.

Ignoro si la admiración y el entusiasmo con que era acogida en todas partes á causa de mi hermosura, puede llamarse desgracia ó felicidad; con una virtud sólida y una instrucción verdadera, hubiera sido un bien; pero con mi ligereza y vanidad era un mal, y un mal terrible, puesto que me impulsaba á mi perdición.

A pesar de la ovación entusiasta con que me acogieron los valencianos, y de las muchas declaraciones amorosas que me hicieron, unas en sentidas cartas, otras en hermosos versos, y algunas en simbólicos ramilletes á la oriental, permanecí indiferente, y salí de Valencia, después de seis meses de estancia, curada de salud y sin haber hecho daño á nadie. La lección había sido muy dura, y estaba aún muy presente en mi memoria.

Mi padre hubiera querido regresar á su querida Salamanca; pero yo me opuse, porque temía las habillitas del público y el recuerdo de Irene. Roguéle que fuésemos á París, y consintiendo, como siempre, en darme gusto, nos embarcamos en Barcelona para Marsella, y de allí tomamos el ferro-carril para la capital de Francia.

Cuando encontré en París á algunas de mis compañeras de colegio; cuando ví el mismo colegio en donde me había educado, y que me traía á la memoria muchos recuerdos de mi infancia y adolescencia, la calma volvió á mi corazón, y recobré la alegría de otros tiempos.

Un año entero estuve en París, admirada y adulada de muchos, y sería cansar á V., Augusto, si le refiriese mis repetidos triunfos. El triste drama tejido por mi vanidad estaba todavía delante de mis ojos, y rechacé con obstinación obsequios y homenajes.

De París pasamos á la bella Italia, recorriéndola casi toda y admirando sus más hermosas ciudades.

En Roma estuve á punto de olvidar mis buenos propósitos, porque me agradaba en extremo un príncipe ruso, amante de una condesa napolitana.

Supe resistir á mi capricho, pues ya se me figuraba que iba á hacer otra víctima.

Desde Italia pasamos á Inglaterra, y Londres me dis-

pensó una acogida fabulosa. *La hermosísima española*, como me llamaban, no tenía más que presentarse para ser adorada de rodillas.

En un baile que dió un opulento comerciante de la Cité, inspiré el mayor entusiasmo.

Como V. sabe, Augusto, en Londres, en la gran ciudad cosmopolitana, se ven las mujeres más bellas de todas las partes del mundo, desde la encantadora inglesa de tez de alabastro y cabellos de oro, hasta la americana de ojos negros y bronceado color; allí están todos los tipos de la hermosura de la mujer, y sin embargo, yo fui halagada y obsequiada hasta el delirio. Cómo no estar orgullosa?

En el baile de la Cité un joven inglés, de una de las principales familias de Londres, se enamoró locamente de mí, hasta el extremo de que al mes de tratarme pidió mi mano.

Mi buen padre lo dejó á mi elección, y aun cuando yo le agradecí mucho el honor que quería hacerme, no lo admití, porque no quería un esposo que no tenía la misma religión que yo, comprendiendo que esta unión produciría más tarde inevitables disgustos.

Augusto, yo tenía 22 años, y mi corazón no había recibido ninguna impresión amorosa. Oh! Cuánto deseaba que hubiese un hombre que me hiciese sentir algo; pero este sér predestinado para mí, no aparecía, y mi alma estaba virgen de amantes sensaciones.

Cuando me veía adulada, obsequiada, adorada, en fin, mi rostro aparecía radiante de placer; era mi vanidad satisfecha, y nada más; mi corazón permanecía frío é indiferente como la losa de un sepulcro; yo sufría, General, yo sentía un malestar continuo é indefinible que no podía explicar.

Al fin dejamos á Inglaterra, y nos embarcamos para la Coruña, en donde mi padre tenía una hermana.

Mi tía Luisa era priora del convento de Santa Bárbara, y un ángel de virtud y de abnegación.

General, ahora llego á uno de los episodios más importantes de mi vida, pues que me hizo conocer lo que se llama la hermosura del alma.

## CAPÍTULO X.

### LA BELLEZA DE LA VIRTUD.

Una tarde del mes de Mayo me asomé á uno de los balcones de mi estancia de tocador para distraerme viendo pasear la gente.

Vivíamos en una de las más hermosas calles de la Coruña, que era la de San Andrés. Por espacio de un rato me entretuve en mirar á la calle; mas cansada del ruido, separé de ella mis ojos y los dirigí á las casas vecinas. Las ventanas y galerías de todas estaban abiertas, pero sin ninguna persona asomada.

La casa que hacía frente á la mía era suntuosa, pues pertenecía á un riquísimo americano. Tenía tres pisos, cada uno con ocho balcones, que á la sazón estaban desiertos. En la ventana de una buhardilla de la misma casa llamó mi atención un hermosísimo tiesto de pensamientos, pero tan ricamente florecido, que tenía más flores que hojas.

No sé por qué, amigo mío, llamó mi atención el ver estas flores en una buhardilla, al parecer miserable; aquel tiesto tenía para mí tanta poesía, que excitó mi curiosidad. La ventana de la buhardilla estaba entornada, y me sorprendió que corriendo un fresco tan apacible, sus moradores no la abriesen.

Permanecí media hora mirando á la ventana de los pensamientos, sin apartar de ella mis ojos. Por fin, ya cerca del anochecer se abrieron los cristales y apareció una joven con una regadera en la mano, y se puso á regar con el más exquisito cuidado las hermosas flores.

Yo no podía distinguir las facciones de la joven, pues las sombras invadían ya el suelo, y únicamente adiviné, en su sencillo aunque limpio vestido, que debía hallarse en la mayor pobreza.

Sin saber por qué me interesó mi vecina de los pensamientos, y queriendo llamar su atención, toqué levemente; la joven levantó la cabeza, miró á mi balcón, y al verme me hizo un respetuoso saludo, y se retiró.

Estuve esperando á ver si volvía á salir; pero engañada en mi esperanza, y habiendo cerrado ya la noche, me retiré del balcón llena de una curiosidad indecible.

Pregunté á mi doncella acerca de la interesante joven, pero ella ignoraba quién fuese. Prometíme, no obstante, informarme, y al otro día me refirió lo siguiente:

La joven de la buhardilla era hija de un empleado de Hacienda que, á causa de una parálisis, había tenido que abandonar su modesto empleo, quedando reducido á una mezquina jubilación, que apenas bastaba para sufragar los gastos de su enfermedad. Vivían, pues, sumidos en una extrema pobreza, y la joven, para subvenir á las necesida-

des de su anciano y achacoso padre, pasaba los días y las noches bordando para sacar un jornal. Tenía tal fama de virtud en la Coruña, que, á pesar de su pobreza y juventud, ningún libertino se hubiese atrevido á dirigirse á ella con proposiciones inconvenientes, porque la ciudad entera se hubiese levantado en su favor.

Todo el mundo la conocía y respetaba, desde el más encopetado caballero, hasta el comerciante rico y la pobre frutera, llamándola la virtud de la Coruña: contaban de ella hechos nobles que rayaban en heroísmo.

Un rico propietario, prendado de sus bellas cualidades, quiso hacerla su esposa; pero la digna niña rehusó, por no dejar á su padre en manos extrañas, que no le hubieran cuidado como ella, por mucho que se les pagase.

El pretendiente rogó, suplicó, mas todo fué en vano; la buena hija no quiso separarse de su padre.

Érale preciso hacerlo así si se casaba, porque su pretendiente era natural de Estella, en Navarra, en donde tenía todos sus intereses, y no podía vivir en la Coruña; mientras los médicos habían dicho al anciano paralítico, que moriría si trocaba el clima benigno de Galicia, por el desapacible y frío del Norte.

En fin, tal fué la admiración que las virtudes de esta joven me inspiraron, que deseé conocerla, y al efecto la mandé á llamar con el pretexto de encargarla algunos bordados.

Vino al día siguiente, y entró en mi estancia con aire digno al par que modesto.

Tendría de 18 á 20 años, y no sólo no llamaba la atención por su hermosura, sino que más bien se la podía llamar fea.

Era de estatura regular y bastante gruesa; su rostro pálido; los ojos castaños, pequeños, pero expresivos; su boca era un poco grande, mas de labios finos y encarnados; sus dientes menudos y blancos. Estaba levemente marcada de viruela, pero no de modo que la desfigurase. Contrabalanceaban estos defectos unos cabellos abundantes y rubios, y unas manos blancas como el alabastro. Su talle no era esbelto, mas no carecía de gracia.

(Se continuará.)

## Explicación del Figurin 1046.

FIG. 1.<sup>a</sup>—Traje elegante de paseo para niña de 12 á 14 años.—Vestido de tafetan negro, guarnecido con ruches forradas de tafetan cereza. La túnica se recoge graciosamente en los costados. Banda de tafetan cereza anudada sobre el costado izquierdo. Sombrero gris adornado con lazos y caídas cereza.

FIG. 2.<sup>a</sup>—Traje de paseo para una jovencita de 15 años.—Falda de foulard malva, liso; túnica de poplin, fondo blanco, con rayas color de malva; fichú de encaje negro, cruzado sobre el pecho. Sombrero blanco adornado con terciopelos negros y flores encarnadas.

FIG. 3.<sup>a</sup>—Traje para niño de 2 á 3 años.—Falda tableada, con el paño de delante bordado de soutache; chaleco abierto de las puntas, y chaqueta cuadrada. Todo el traje es de cachemir ó merino gris, bordado con soutache blanco. Le completa cuello marinero con corbata coral y sombrerito gris de alas levantadas.

FIG. 4.<sup>a</sup>—Traje de paseo para niña de 9 á 12 años.—El vestido, todo de seda azul, se completa con una chaqueta de mangas griegas forradas de tafetan blanco. Sombrerito blanco adornado con flores y lazos azules. Botas azules.

FIG. 5.<sup>a</sup>—Traje para niña de 4 á 6 años.—Es de poplin de lana, color maíz, adornado con cinco órdenes de soutache negro y festones hechos con seda negra. La túnica, con corpiño, no tiene mangas, y se completa con una camiseta ó marinera de cachemir blanco y una graciosa esclavina. Sombrero adornado de flores y cintas grises.

FIG. 6.<sup>a</sup>—Traje para niña de 6 á 8 años.—Es de alpaca carmesí. La falda lleva un volante y encima una ruche escarolada. Túnica terminada en ondas, compuesta de un delantal y de un paño de atrás recogido en el centro. Cuerpo con aldetas en punta, y cuello que acaba también en punta, ámbos ondeados: mangas abiertas. Sombrero guarnecido de flores y lazos negros.

FIG. 7.<sup>a</sup>—Traje para niña de 8 á 10 años.—Es de reps inglés gris perla. La falda lleva tres volantes pequeños y fruncidos. Túnica con delantal y bolsillos. Cuerpo con solapas y cuello cuadrado; mangas ajustadas. Cinturón azul y lazo azul en el cabello.





### ÚLTIMOS DECRETOS DE LA MODA.

La caprichosa deidad que nos dicta sus leyes, sin permitirnos apelacion ninguna, ennoblece á su antojo los artefactos más humildes y reelega al olvido las joyas más preciosas. Si ella lo quiere, una cinta adquiere más valor que un brillante, y la mujer distinguida arroja á un lado con aire desdeñoso su rico collar de perlas, para ornar su garganta con un collar de cuentas falsas.

Los grabados que acompañamos dan una perfecta idea del nuevo y gracioso prendido destinado á realzar el cabello de las señoras que concurren al teatro de la Ópera, ó á los elegantes coliseos del Circo, el Español y Jovellanos; prendido tanto más recomendable, cuanto conviene á todas las edades y está en armonía con todos los trajes, desde el más modesto al más rico, según sea el color que se elija.

El grabado núm. 1 muestra el *aigret* de tamaño natural, y el número 2 el modo de estar colocado entre el cabello.

Los hay de diferentes formas, ya figurando una espiga ú otros dibujos, pero siempre llevan plumas blancas, azules, rosa, negras, etc.

Nuestro modelo es una espiga de ostras ó cristales de Bohemia, adornada con plumas azules.

En un escaparate de la calle de Carretas hemos visto muchos prendidos semejantes á este, é invitamos á nuestras lindas suscriptoras á que vayan á verlos.

### BALADA.

Hija mía, decía un padre á la suya, los años han corrido y tienes quince. Bellas prendas te adornan; virtudes, talento, hermosura. Mil nobles pretendientes suspiran por tí, y quisieran poseer tu mano.

Como padre que soy, mi único anhelo, ángel mío, es hacer tu felicidad dándote un esposo digno de tí; pero es preciso, Angelina, me digas francamente quién te ama.

—Buen padre, dijo la niña, tus palabras me llenan de satisfaccion, y te obedeceré en cuanto ordenes.

Pasaron los dias, y un opulento cortesano declaró su pasion á la jóven. Cuán bello era! Su cabellera de oro, rizada sobre la frente, daba á su rostro un tinte de sin igual hermosura. Sus ojos, de azul claro, eran dulces como los del cervato. Largos y sedosos bigotes ocultaban sus labios de carmin, que mostraban, sonriendo, la púrpura y la nieve de su dentadura.

El corazon de Angelina latió al verlo, y dijo para sí. ¡Qué dichosa fuera ofreciendo mi mano á tan gallardo doncel!

Y temblando de esperanza hablóle á su padre, quien mandó en seguida venir al jóven.

—Señor, le dijo, ¿sois el que desea desposarse con mi hija?

—Sí, noble anciano; sólo espero vuestro consentimiento.

—Gustoso le daré, si respondeis á las preguntas que voy á haceros. Cuáles son vuestros conocimientos científicos?

Sorprendido el jóven, vaciló un momento, mas repuso luego:

—Há largos años abandoné los estudios! pero quizás recuerde las matemáticas.

Propúsole el anciano varias cuestiones, que no supo resolver por lo que dijo.

—Perdonad, caballero, no os puedo entregar mi hija.

Fuése admirado el noble, y quedó Angelina anegada en llanto.

Y pasaron mas dias, y un nuevo pretendiente suspiró por la niña.

Su continente severo, al par que hermoso, agradó á la bella, quien como ántes habló á su padre.

Y el anciano hizo venir á su presencia al enamorado, interrogándole igualmente como al primero.

—Señor, dijo el interpelado, escasos son mis conocimientos. Nunca me cuidé de los estudios, pues de nada me servirían con la fortuna que poseo. No podré responder á vuestras preguntas.

—Entonces no os doy la que amais.

Y marchóse el doncel avergonzado y triste.

—Oh, padre mío! dijo llorando la hermosa Angelina. Por qué le habeis despreciado? Sin duda no quereis casarme.

—Casarte sí, pero no venderte: replicó el anciano.

Rápidos corrieron los dias, y pasado algun tiempo otro jóven pretendió la mano de Angelina, pero ¡cuán diferente á los otros!

Su traje era sencillo, ó mas bien modesto. Su frente, ancha y noble, estaba surcada por hondas arrugas. Los ojos negros y cercados de largas pestañas, tenían dulce languidez. Melancólica sonrisa vagaba en sus labios.

Sus movimientos todos eran graciosos y elegantes.

Al ser presentado ante el padre de la niña, habló así:

—Señor, soy quien pretende á vuestra bella hija. Quisiera sea mucho mi atrevimiento. No me conceptuo digno



1. Aigret de tamaño natural.

2. Su colocacion entre el cabello.

### ULTIMOS DECRETOS DE LA MODA.

de tan rico tesoro, siendo un pobre que sólo puedo ofrecerle mi amor.

—Caballero, tal lenguaje manifiesta los sentimientos de que estais adornado, y os entrego mi hija.

Repuso el anciano, y le presenta la mano de Angelina, á quien dice:

—Hija mía, éste era el esposo que te deseaba. Con él serás tan dichosa, como hubieras sido desgraciada con los pretendientes que desprecié.—Sólo la virtud y el talento pueden hacer la felicidad.

A. J. PERCHÉT

### CURIOSO ARGUMENTO

CONTRA UN INCRÉDULO.

Un médico, endurecido deista, hablando un dia con un cura muy celoso en su ministerio, le preguntó, con la acostumbrada mofa de los materialistas, si continuaba predicando sobre la salvacion de las almas.

—Sí, respondió el ministro.

—Ha visto usted á un alma? le preguntó luego.

—Nó, fué la respuesta.

—Ha oido usted á un alma?

—Nunca.

—Ha olido usted á un alma?

—Nó.

—Ha sentido usted á un alma? continuó preguntando.

—Sí, respondió el cura.

—Muy bien, añadió sonriéndose el incrédulo; entonces hay cuatro sentidos contra uno, sobre la no existencia de las almas.

El cura le preguntó con mucha calma, si era doctor en medicina.

—Sí, respondió el médico.

—Ha visto usted algun dolor?

—Nó, fué la respuesta.

—Ha oido usted algun dolor?

—Nó.

—Ha olido usted algun dolor?

—Nó.

—Ha gustado usted algun dolor?

—Nó.

—Ha pulsado usted algun dolor?

—Nó.

Entonces, añadió el cura, todos sus cinco sentidos están contra la existencia del dolor. Sin embargo, señor doctor, usted está tan cierto de que hay dolor, como yo lo estoy de que hay un alma en mi cuerpo.

### CORRESPONDENCIA.

A. L. — *Gibraltar*. — Corrija V., corrija V. pronto la indolencia de su hijo, inculcándole hábitos de orden y de trabajo. De todos los vicios, este es el más difícil de desarraigarse si se apodera de nosotros. No olvide V. que la pereza produce la miseria; que la miseria mata al cuerpo por medio de las privaciones, y el alma por medio de la tristeza.

O. M. — *Valladolid*. — El dolman es la prenda más de moda para una señora, y para una señorita la echarpe y la manteleta ó esclavina.

P. Z. — *Barcelona*. — Hé aquí el modo de lavar las prendas de franela. Se pone una cucharada de álcali en un litro de agua templada, y en esta composicion se dejan las franelas por espacio de diez minutos. Mientras tanto se prepara un agua de jabon templada, con mucho bálago, y en ella se empapan las franelas durante una hora. Por último se lavan, prensándolas dentro de la mano, sin torcerlas ni frotarlas, y se enjuagan con agua templada, en la que se mezcla una pequeña dosis de álcali. Hecho esto, se ponen á secar en un sitio cerrado para que el aire libre no las ponga demasiado tiesas, y se planchan á medio secar.

N. Y. — *Sevilla*. — Cuidado, señorita; cuando se quiere aparentar agudeza, es muy fácil caer en el ridículo. Procure V. que su lenguaje sea natural y sencillo; si tiene V. verdadero talento, éste brillará por sí mismo en cada uno de sus conceptos, sin necesidad de enaltecerlos con frases retumbantes. No dé V. la razon á las personas que la critican, usando un lenguaje ampuloso y una entonacion campanuda, tan impropia de la modesta y candorosa sencillez, que forma el principal atractivo de una jóven.

Z. N. — *Granada*. — Hé aquí un excelente elixir para conservar y embellecer la dentadura; tome usted y mezcle las sustancias siguientes: 500 gramos de alcohol de 36 grados, un gramo de sulfato de quinina, 4 gramos de espuma de menta inglesa y 60 gramos de tintura de cochinilla.

Soluciones á las charadas insertas en el número 35 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Setiembre, por las señoras D.<sup>a</sup> Adela Ansa, de Castro Urdiales; D.<sup>a</sup> Paz Carlota Manin, de Vejer; D.<sup>a</sup> Luisa Oña, de Sevilla; Doña Gertrudis Amella, de Barcelona; D.<sup>a</sup> Carmen Arietegui, de Pamplona; D.<sup>a</sup> Lucía Mir, de Sevilla; D.<sup>a</sup> Luz Santelmo, D.<sup>a</sup> Eufemia Cirina, D.<sup>a</sup> Leonor Aquinga, y los señores D. José de Iza y Bornás, de Lumbier; Don Santiago Escala, de San Sebastian; D. Higinio Costa, y D. Teodoro Sala.

I.  
VENTANA.

II.  
BATAZO.

### CHARADA.

En silencio se vé mi prima entera,  
y mi segunda en noche (oscura ó clara).  
Quien consienta, por prima se declara,  
quien por segunda, niega muy de veras.  
Esto quiere decir que la primera,  
aunque á segunda unida, es su contraria;  
y el todo, que preocupa al hombre necio,  
siempre al sensato mereció desprecio.

P. C. M.

### LA SILENCIOSA PERFECCIONADA.

MÁQUINA DE COSER, PARA LA FAMILIA.

Recomendamos muy particularmente á nuestras lectoras tan útil y excelente máquina, pues es la única que reúne todos los adelantos inventados hasta el dia, cosiendo indistintamente con uno ó dos hilos.

Tiene aparatos especiales para hilvanar, bordar, coser, dobladillar, ribetear, sobrecargar costuras, etc.

D. Antonio de Paz, en Santander, remite más detalles, muestras de labores, lista de precios y modelos de dicha máquina.

Las Sras. Suscriptoras á la Edicion de Lujo, recibirán con este número el figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

Ayuntamiento de Madrid